

EL PAPEL DE LA SEGURIDAD ALIMENTARIA Y NUTRICIONAL COMO EJE DE MODELOS DE DESARROLLO COMUNITARIO

Víctor Mendoza García

Abstract

Hoy día, el problema de la alimentación continúa en la agenda de gobiernos y organismos financieros alrededor del mundo. Pareciera ser que el modelo hegemónico impuesto de producción industrial de alimentos no ha dado los resultados esperados. A unas semanas de celebrar el día mundial de la alimentación, la FAO declaró que existen 53 millones de hambrientos en América Latina y que a nivel global un niño muere cada 10 segundos a causa del hambre. Estas cifras nos hacen reflexionar que la producción capitalista de alimentos orientada al mercado, es incapaz de resolver el problema del hambre. Ante ello, las prácticas ancestrales de producción a pequeña escala y de autosubsistencia toman nueva fuerza. Esta ponencia ejemplifica el hecho de que el fortalecimiento de la producción de traspatio en las zonas rurales resuelve sistemáticamente el problema del hambre en las comunidades más desprotegidas. En mi opinión, las prácticas locales que generen seguridad alimentaria y nutricional deben tomarse como punta de lanza en programas de desarrollo comunitario. En este entendido, se debe considerar que los modelos de producción en las comunidades indígenas parten de la acumulación de experiencias y de conocimiento local, el cual debe ser revalorado. Por otro lado, es importante establecer mecanismos que permitan a las comunidades documentar sus prácticas locales lo cual da pie para crear tecnología propia, compartirla e intercambiarla. Esta postura la defiendo con una serie de experiencias que he acumulado en mi andar profesional. Tanto aquellas que por su fracaso refuerzan la tesis de la incompatibilidad entre el modelo económico de acumulación contra el de subsistencia, como otras que refieren a modestos éxitos que atestiguan el potencial de la producción de traspatio como proveedora de alimentos para familias más desprotegidas.

¿Falta de alimentos?

Hace unas décadas, la llamada Revolución Verde presuponía la idea de que el uso de la tecnología agrícola llevaría de la mano el incremento a la producción. El monocultivo tecnificado y el acceso al mercado a través de volúmenes de producción fueron por mucho tiempo la llave mágica que abriría al campesinado las puertas del desarrollo y la solución al problema del hambre. Hoy día, pese a que los volúmenes de producción de alimento se han incrementado, el problema del hambre continúa. Más aún, los precios de los granos básicos aumentan. Datos de la FAO indican que entre julio y septiembre el precio del trigo, maíz y arroz aumentaron en 80, 40 y 7% respectivamente. No obstante, la cosecha del 2010, calculada en 2 mil 239 millones de toneladas es la tercera más grande de la historia (2010). Estas cifras nos indican que el problema del acceso a los alimentos no es la escasa producción sino la pobreza y la voracidad especuladora.

Para el caso de México, la dependencia alimentaria aumento en un 50%. En el período entre enero a julio, las importaciones de maíz aumentaron 13.8%.

De acuerdo con las investigaciones de Torres (2010). La dependencia alimentaria de México desde hace 10 años se ha estimado que asciende a constituir la tercera parte de los alimentos que se consumen. Lo que representa cerca de 15 mil millones de dólares anuales (casi 80 por ciento de la renta petrolera o un poco más de la mitad del envío de remesas del exterior). Por otra parte, advierte que para nutrir a poco más de 108 millones de mexicanos, se requieren alrededor de 60 millones de toneladas de alimentos, pero para 2020, el incremento en el volumen será del 25 por ciento.

Otra investigadora de la UNAM, Yolanda Trápaga, académica de la Facultad de Economía (FE), expone que el hambre es una cuestión de modelo económico. Contrasta que antes del auge del capitalismo, las crisis de hambre eran de escasez, y ahora son de sobreproducción. En síntesis, dada la prevalencia de alimentos no nutritivos y la producción industrializada y el uso de sustancias ajenas a los mismos concluye que: “es necesario revisar el modelo de producción y de consumo actual” (UNAM, 2010).

Ahora bien, si existen alimentos; ¿Cómo es que coexiste el hambre en el mundo? Peter Oosterveer, investigador de la Universidad de Wageningen en Holanda contrasta las opiniones:

“El número de personas que sufren malnutrición ha disminuido, reporta el periódico holandés Volkskrant la semana pasada. No, el hambre esta aumentando, escribió el Volkskrant al siguiente día” (Sikkema, 2010)

¿Qué es lo que sucede? El hambre en el mundo decayó hasta el 2007, pero en los pasados tres años, ésta ha incrementado de 750 a 925 millones de gente afectada. El modelo de cálculo de la FAO estima solo la disponibilidad de alimento al nivel nacional en relación a lo que se importa del mercado global. Lo que se mide es la distribución de alimento en el país. La producción local se invisibiliza ante tal modelo. Si un productor tiene buena cosecha, pero la vende a un bajo precio y posteriormente tiene que comprar alimentos a precios elevados, entonces la situación no es satisfactoria según el modelo de medición.

Producción de alimentos orientada a...

Las políticas públicas en materia de producción de alimentos apuntan hacia la generación de excedentes que puedan ser comercializados. No obstante, los canales de comercialización pocas veces se identifican, se desprecia el mercadeo local, o bien, los excedentes no justifican los costos de comercialización. En 1998, un proyecto de producción porcina en la región mixe de Oaxaca comenzaba operaciones luego de un financiamiento otorgado por el programa Fondos Regionales del otrora Instituto Nacional Indigenista. La granja operada por un grupo solidario de trabajo satisfacía la demanda local e intercambiaba los excedentes por alimento balanceado entre los proveedores (Mendoza, 2004). Se podría decir que la premisa de la comercialización de excedentes como indicador del éxito del proyecto se cumplía. Sin embargo el 1º de enero de 1999, entraba en vigor una cláusula del capítulo agropecuario del Tratado de Libre Comercio. Se liberó el arancel para los productos cárnicos de cerdo. Casi de forma inmediata, el mercado regional y local se inundó con carne de cerdo congelada proveniente de

Texas a un precio mucho menor de los costos de producción de la pequeña granja comunitaria. Ante la inminente quiebra por insostenibilidad económica de la granja, nos preguntamos si la estrategia de producir para acceder al mercado realmente era la vía para el desarrollo.

Desafortunadamente ésta no es una historia aislada, se ha popularizado la idea de los “paquetes tecnológicos” para la producción. Esto no es más que fomentar la dependencia de insumos para la producción: agroquímicos, material y equipo tecnificado, medicamentos veterinarios, fertilizantes, etc. Finalmente, nos enfrentamos a políticas públicas que en los hechos fomentan y fortalecen más el consumo que la producción. La dependencia de insumos externos, manufacturados en otras economías ha condenado al productor a los caprichos del mercado.

Por otro lado, en las comunidades indígenas se conservan modelos productivos basados en el conocimiento local, el respeto por los recursos naturales, el trabajo colectivo y la cooperación mutua. Estos modelos han logrado sobrevivir y con sus evidentes y amplias carencias continúan dando solución a la subsistencia alimenticia para muchas familias y comunidades enteras. Actualmente, los programas de seguridad alimenticia apuntan hacia la producción familiar como piedra angular de las políticas públicas. Laura de Clementi identifica que *“recientes investigaciones y publicaciones están volviendo a posicionar los pequeños hogares rurales y la agricultura familiar en el centro de los programas de erradicación del hambre”* luego de que se ha atravesado por procesos de desacreditación de «lo rural» y del pequeño agricultor de subsistencia (Laura de Clementi, 2006).

Los programas de seguridad alimentaria se han sintonizado con los Objetivos del Milenio en el propósito de *conseguir pequeños incrementos de disponibilidad de alimentos o ingresos*. Hoy día, se habla de que la pobreza coincide solo parcialmente con el hambre. Es decir, una persona puede padecer de pobreza económica pero no sufrir de inseguridad alimentaria. Por otro lado, un desnutrido crónico puede vivir en un área donde se ha promovido el desarrollo rural y los ingresos per cápita han subido significativamente, y a pesar de ello, seguir hambriento.

Soberanía alimentaria desde los pueblos indígenas

Siglos antes de que existieran los agrónomos y las escuelas de agricultura, en los pueblos indígenas ya se había domesticado el maíz, se practicaba la selección y se conocían los ciclos agrícolas. El uso y perfeccionamiento del conocimiento tradicional mantenía un equilibrio entre uso de recursos, producción y consumo locales. Estas prácticas tradicionales se han categorizado como primitivas, rústicas, ineficientes y no rentables. Estos calificativos son acertados si tomamos en cuenta que éstos sistemas de producción no fueron pensados en una lógica acumulativa, especulativa y de comercialización de excedentes. La lógica de los sistemas tradicionales de producción obedece a los mismos sistemas de integración comunitaria: subsistencia, colectividad e intercambio.

No hay que perder de vista, que aunque la producción agrícola de los pueblos indígenas pareciera precaria, estos sistemas han alimentado y nutrido a comunidades enteras por milenios. De esta forma, se han adaptado especies

vegetales y se han creado razas animales para satisfacer la demanda de alimentos en los diversos ecosistemas donde los pueblos originarios se han asentado. Éstas prácticas, son hoy la base de los modelos de soberanía alimentaria para la población rural.

Hoy día, existen programas como el PESA (Programa Estratégico de Seguridad Alimentaria), impulsado por la FAO, que busca combatir el problema del hambre a partir del fortalecimiento de las prácticas domésticas de producción. Los modestos éxitos de estos programas van más allá de mostrar aparatosas construcciones o introducir costosas maquinarias agrícolas a las comunidades. Se alinean más en el sentido de procurar que la familia como base de la comunidad pueda ser eficiente en la producción de sus alimentos y, en el mejor de los casos generar excedentes para comercializar.

En el año 2009, pude observar como los casos más exitosos de producción de alimentos para el autoconsumo son aquellos que logran una vinculación entre el conocimiento tradicional y técnicas agro-ecológicas de producción. Ejemplo de ello es la crianza de aves de traspatio. En aquellas comunidades donde la práctica es arraigada como en la sierra norte de Puebla, la región del Sotavento veracruzano o dentro de comunidades cafetaleras de la selva de Chiapas, el conocimiento local se vuelve el eje conductor del proceso que cohesiona la participación. El intercambio de saberes y la integración armónica de los roles familiares en el sistema de producción son las piezas clave que detonan prácticas sustentables y sostenibles en el tiempo y dentro de la praxis comunitaria.

Conclusiones

El problema del hambre en la actualidad no se debe a deficiencias productivas. Los datos económicos globales confirman que la producción de alimentos va a la par del crecimiento poblacional. Por otro lado, la pobreza derivada de las crisis económicas provoca que los alimentos no sean accesibles para todos. En consecuencia enfrentamos una inundación de alimentos industriales de bajo costo y deficiente calidad nutricional. El consumo inducido por la mercadotecnia de estos alimentos “chatarra” trae como consecuencia la otra cara de la des-nutrición: la obesidad.

Varios expertos alrededor del mundo coinciden en que los modelos de producción de alimentos deben de ser respetuosos del medio ambiente y que el futuro de la soberanía alimenticia radica en las prácticas domésticas de producción: traspatios, azoteas verdes, modelos agroecológicos, etc. Atrás han quedado los tiempos en que la tecnología debía resolver el problema de la producción en masa de alimentos baratos en detrimento de su valor nutritivo. Hoy día la preocupación de la calidad nutricional de los alimentos va ganando terreno tanto en los consumidores como en los propios productores.

Estamos en un momento estratégico para revalorar las prácticas tradicionales de nuestros pueblos indígenas y aportar planteamientos viables dentro de las políticas y programas de desarrollo rural en este país. Es importante dignificar y fortalecer la diversidad no solo biológica sino productiva y de organización social de nuestros pueblos en aras de proveer los alimentos que las futuras generaciones reclaman.

REFERENCIAS

- CLEMENTI, Laura de, J. L. V. P. (2006). *La «nueva» seguridad alimentaria en América Latina y la lucha contra el hambre en Guatemala*. Retrieved from.
- LA JORNADA, (2010, 26-09-2010) Alimentación: viraje necesario. (26-09-2010). *Alimentación: viraje necesario. La Jornada*.
- MENDOZA, G. V. (2004). *Rehabilitación de una granja porcina como modelo de desarrollo rural en El Duraznal, Ayutla Mixe, Oaxaca*. Facultad de Medicina Veterinaria Y Zootécnia, México, UNAM.
- SIKKEMA, A. (2010). How do you measure world hunger? *Resource*. UNAM-DGCS-627, *Boletín* (21 de octubre de 2010), México, UNAM.